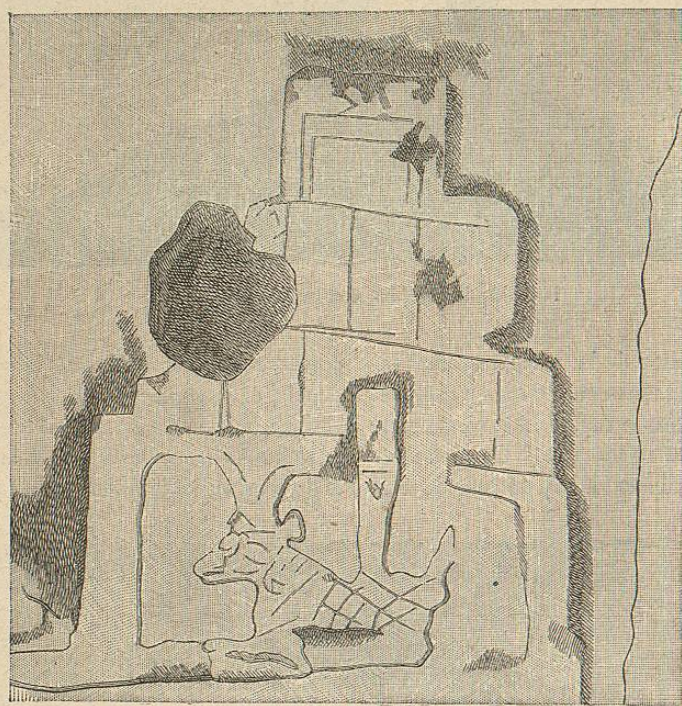


y la otra solo un desarrollo secundario de ella. Asimismo lo demuestra por otra parte la existencia de pirámides con gradas, precisamente de la época mas antigua de la arquitectura egipcia. Y además, ¿no se diría que la antiquísima pirámide de Sakkara se nos impone como testimonio de que el empleo de los ladrillos en su edificación en un país como el Egipto, donde tanto abunda la piedra, es reminiscencia de la primitiva morada en tierras donde solo existía aquel material de construcción, faltando por completo la piedra para los edificios?

Vamos á tratar ahora del concepto mitológico apuntado al principio y veremos también que de Babilonia debió venir la idea original, y no de Egipto. En la mas remota fase de la re-



Representación gráfica babilónica antigua de un templo caldeo.

ligion sumérica representaba un papel principal, al lado de los malos espíritus, el bueno de la Tierra, cuya morada estaba en la profundidad, ó sea en el gran abismo de las aguas, llamado *Nun*, por lo que se ve á veces identificado con este mismo elemento primitivo. Llámase su esposa *Dam-gal-nun-na*, esto es, «la gran esposa de la morada de las aguas» ó de *Nun*; el lugar donde estaba el centro de esta morada en la época mas primitiva, se llama *Nun-ki*, ó sea: «el lugar de *Nun*» Cuando *Nun*, morada de las aguas, es personificada en lo femenino, recibe el nombre de *Ba'u*; de ahí el hebreo *Bohu* de la expresión *Tohu wa Bohu* empleada con tanta frecuencia en el primer relato de la Creación. Púedese, pues, decir justificadamente que el *Nun* pertenece á los mas anti-

guos y primitivos conceptos mitológicos de Babilonia, y hasta que representa la idea fundamental de todos ellos.

También entre los egipcios *Nun* es el primitivo elemento húmedo, y como tal aparece ya en los mas antiguos capítulos del Libro de los Muertos; mas no es aquí base ni punto de partida de todo el sistema religioso, y apenas se notaría su falta en el Panteon egipcio si no existiese en él. Aparece asimismo *Bahu*, segun Samuel Birch nombre del dios de la inundación, en un texto egipcio, en un papiro que trata de magia (1); pero este texto es relativamente moderno (corresponde á la 19 ó 20 dinastía), y por lo mismo solo es probable, y no seguro, que *Bahu* figurase ya en época muy anterior entre los egipcios. Si esto fuera cierto, es evidente que igual juicio habria de merecernos este nombre que el de *Nun* en los antiguos textos egipcios.

Resumiendo, tenemos: que las pirámides egipcias no son mas que una imitación de los antiguos templos babilónicos en forma de gradas; que la materia primitiva *Nun* y la divinidad *Bahu* están directamente tomadas de la mitología babilónica (sumérica), y la primera con toda certeza en la mas remota época; que la forma de las lápidas llamadas estelas es la misma en Egipto que en Babilonia, y por último, que

(1) Traducido por Birch en los *Records of the Past*, tomo X (Londres, 1878), páginas 137-158, y dice así la línea 7 de la página 149 (7 del papiro): «Yo soy *Bahu*, el grande; yo soy *Bahu*, el grande!» palabras que pone en boca del dios la fórmula del conjuro.

la escritura, derivada de figuras en ambos países, muestra idéntica disposición peculiar de los renglones y signos. Como en esto no es posible admitir la casualidad; como además la cultura babilónica presenta fechas mas antiguas que la egipcia, y como finalmente los mismos egipcios, segun lo manifiestan su lengua y sus condiciones físicas, debieron proceder del Asia en época prehistórica, queda demostrada la importantísima conclusión de que los elementos fundamentales de la cultura egipcia proceden de Babilonia. Futuras investigaciones añadirán probablemente nuevos testimonios á los que por primera vez hemos presentado nosotros ahora, y que en todo caso estamos bien convencidos serán completados y confirmados en mas de un punto.

Para terminar este primer capítulo de nuestra introducción mencionaremos una circunstancia que si bien no viene en primer término á aumentar el interés que nos inspira la historia babilónico-asiria, es causa de que para la gran mayoría de nosotros tenga desde nuestra juventud atractivo novelesco el antiguo suelo de Babilonia. En efecto, para hacer surgir ante nosotros la mas viva representación del esplendor oriental, basta recordar el nombre de una ciudad babilónica: Bagdad. Esta ciudad, de que se hace ya mención por los años 1100 antes de J.C. en un contrato de compra antiguo babilónico, fué reedificada en el año 762 de la era cristiana por el califa árabe Al-Mansur, y desde entonces fué el centro del califato hasta que de éste se apoderaron los turcos. Allí se

desarrolló una brillante época de cultura; aquel suelo babilónico es, por lo mismo, la patria verdadera de la civilización islamita, transmitida por los árabes al Occidente, y de la cual no nos incumbe tratar en este libro (1). Los cuentos de las Mil y una Noches nos han acercado tanto aquella época de florecimiento, que Harun ar-Raschid y su capital Bagdad, á orillas del Tigris, nos son á muchos de nosotros casi mas familiares que los personajes y lugares de la historia bíblica y de la epopeya griega. Son, pues, Babilonia y las márgenes de los dos rios del Paraíso, el Eufrates y el Tigris, los lugares que una y otra vez y en los mas variados sentidos excitan y mantienen vivo nuestro interés. Ya investiguemos los orígenes de la civilización ó la sigamos en su desenvolvimiento; ya recapitulemos los sucesos trascendentales en el Occidente ó en el Oriente; ya busquemos los orígenes de la construcción de las pirámides, erigidas en la oscuridad de los tiempos á orillas del Nilo, ó escuchemos las fórmulas de conjuro y los cantares de los actuales nómadas turcos de la Siberia: siempre surge inesperada referencia á aquella tierra verdaderamente clásica, siempre arroja sobre ella un rayo de luz lo nuevo que nos revelan los tesoros de los lugares de ruinas de Babilonia y Asiria.

II. CONDICIONES DE EXPOSICION, ÉPOCAS Y PERÍODOS DE ESTA HISTORIA

En la peculiar condicion de las noticias que nos proporcionan así las inscripciones cuneiformes como, en general, las fuentes de la mas antigua historia del Oriente, estriba que no sea posible trazar desde épocas remotas hasta la de la division del reino israelita (aproximadamente hasta los años 900 antes de J.C.) un cuadro tan fiel y animado de los sucesos como en otro caso podria exigirse al historiador. Solo en la última época citada, las inscripciones reales, mas extensas y circunstanciadas, completadas y confirmadas por los relatos bíblicos de los Libros de los Reyes, comienzan á informarnos con mayor precision. Del período inmediatamente anterior no hay mas que los anales del rey asirio Teglatfalsar I, redactados por los años 1100, que nos dan cuenta de la historia contemporánea, y la inscripción, mucho mas breve, de Ramman-Nirari, del año 1340 poco mas ó menos; pero en ambos casos, desgraciadamente, sin relatos paralelos en la literatura bíblica. En cuanto á los tiempos verdaderamente primitivos, y esto se refiere así á todo el período antiguo babilónico como á los principios del asirio, llamados también con mucha propiedad período antiguo asirio, apenas tenemos mas fuentes históricas que muy cortas inscripciones, las cuales, por lo general, no nos revelan sino el nombre del rey respectivo y del territorio ó la ciudad que dominaba, y á veces también el de su padre. Solo excepcionalmente sucede que, al lado de fuentes tan escasas de este remotísimo período, logremos encontrar relatos, como el notable cap. 14 del primer Libro de Moisés (Génesis), que nos permitan, juntamente con los pocos datos de las inscripciones conmemorativas y lápidas de contratos babilónicas antiguas, apreciar con alguna claridad la situación histórica del siglo xx precrisiano en el Asia anterior, y ofrecer por lo mismo al lector algo mas que una simple historia local babilónica ó mejor dicho un escueto bosquejo de ella.

(1) En las consideraciones geográficas que han de preceder al primer y segundo libros de nuestra historia se nos ofrecerán múltiples ocasiones para hacer mención de algunos de los valiosos datos que debemos á los geógrafos nacionales árabes de la Edad media (desde el siglo IX en adelante) sobre Babilonia y Asiria y sus lugares de ruinas, algunos de los cuales llevan todavía sus antiguos nombres, como, por ejemplo, *Ninawa*, *Bábil*.

Y, sin embargo, logramos hasta cierto punto suplir la descripción detallada de que carecemos, por las razones indicadas, así en lo que se refiere á la época anterior al año 2000, como también respecto del período desde 1900 á 1100 antes de J.C. aproximadamente. Esto se explica con solo considerar que cuantas nuevas noticias vamos adquiriendo sobre épocas tan remotas, acerca de las cuales puede decirse que nada sabíamos hasta hace muy poco tiempo, deben ser del mayor interés, por mas que no correspondan propiamente á la verdadera descripción histórica. La historia de la religión, del arte y de la literatura puede y debe llenar en gran medida las lagunas que deja abiertas la aridez de una mera nomenclatura de reyes y ciudades, y de breves indicaciones que apenas tienen carácter de rudimentaria crónica. Tenemos la dicha de poseer abundantes restos de literatura religiosa y profana, como también muchos monumentos de arte, precisamente de la época babilónica antigua, y de tan variado género, que se consigue con relativa facilidad hacerlos concordar, segun fecha y origen, con los períodos de que nos dan noticia las inscripciones de los reyes. En muchos casos, pues, presentaremos obras de arte, himnos é inscripciones conmemorativas que, por decirlo así, harán su propio relato, y de este modo el lector tendrá de todo ello una representación verdaderamente gráfica, por mas que á veces sean escasos los datos históricos que puedan deducirse.

Por lo demás, á menudo bastan las pocas noticias de una inscripción para permitirnos hacer combinaciones justificadas, con las cuales se obtienen resultados importantes. Cierta que también puede suceder con igual frecuencia que una inscripción que se descubra posteriormente venga á modificar en gran manera ó á destruir por completo semejantes hipótesis, formuladas segun el mejor método histórico y que se hayan presentado como casi comprobadas. Pero ¿háse de negar por eso en absoluto á los que se dedican á la investigación de la escritura cuneiforme el derecho de escribir desde luego una historia de los pueblos antiguos del Eufrates y del Tigris? ¿No puede ocurrir de igual modo en la historia mas moderna que despues de impreso el último pliego de una obra, aparezcan de improviso en un archivo documentos que arrojen nueva luz sobre lo escrito, y aun modifiquen datos hasta allí tenidos por correctos? Además, son tantos ya los resultados seguros y definitivos alcanzados en la primitiva historia babilónica, que nuevos hallazgos no pueden aportar modificaciones esenciales. Para el que considere aun hoy empresa extemporánea y prematura escribir una historia conexa de Babilonia y Asiria, no deberia empezar lógicamente la investigación histórica sino en la Edad media, pues que tradicion tan segura como la que tenemos, por ejemplo, en la literatura cuneiforme para el período de los reyes asirios y la destrucción del reino neo-babilónico, no existe para muchos é importantes períodos de la historia griega y romana; podrá tener ésta mas abundantes fuentes, pero ni con mucho tan auténticas como la asiria babilónica. Y aun prescindiendo de esta consideración, la consecuencia forzosa de semejante criterio sería imposibilitar para siempre que se escribiese la historia del antiguo Oriente.

Dadas las circunstancias apuntadas y las condiciones del material originario, tales como acabamos de consignarlas, ¿gen qué consiste, pues, la peculiaridad de exposición de esta historia, y cuál será el método mas adecuado y único correcto para describirla?

Las frecuentes lagunas en la transmisión es lo que mas caracteriza la historia babilónico-asiria, y muy especialmente la antigua babilónica, defecto que comparte con la de los demás pueblos orientales de la antigüedad. En este punto la investigación histórica se encuentra para con el antiguo Oriente en condiciones muy distintas de las que le ofrecen épocas pos-

teriores (1). Esta deficiencia proviene, así de la inmensa destrucción de los monumentos y del descubrimiento hasta ahora solo logrado en parte, por las excavaciones, de los que aun subsisten, como también de la elección subjetiva de los que redactaron los documentos en caracteres cuneiformes y así los dejaron a la posteridad. Mucho que el historiador de hoy considera importante, sería para ellos secundario; mucho que les parecería de lógica y fácil deducción, y lo fuera acaso por bastante tiempo para las generaciones posteriores, ha quedado entre renglones, y mucho se habrán llamado también que no les sería agradable recordar: como que la mayor parte de lo consignado era de carácter oficial, y por eso todo lo que se nos ha conservado está inscrito en piedra, metal ó barro. Por último, pudo también ser muchas veces efecto de la casualidad la omisión de lo que tuviese bastante valor para ser transmitido á las generaciones venideras. Ofrecese, por lo tanto, frecuente ocasion de tener que unir, completar, combinar y hasta corregir en cuanto es posible, requiriendo todo esto sumo tacto y prudencia, y haciendo que la tarea del historiador sea aquí muy distinta, y seguramente mas difícil, que la que le impone la descripción de épocas históricas posteriores.

Como la mayor parte de los monumentos que son fuentes de nuestro conocimiento para la reconstrucción de la historia de Babilonia y Asiria proceden de la misma época de que dan fe, por mas que acá y allá nos encontremos con sobradas lagunas, resultan de mucho mas preciado valor que otras fuentes históricas del antiguo Oriente, y esto viene á facilitar por otro lado nuestra tarea en gran manera. La primera duda que asalta al historiador en otros casos, de si el respectivo dato está suficientemente confirmado, no tiene ya en esta historia tanta importancia, y muy á menudo ni siquiera razon de ser. Naturalmente no excluye esto que en todos los casos se aplique la sonda de la crítica, cual es debido, antes de aprovechar los datos coetáneos para la descripción histórica, pues siempre hay lugar á sospechar que el interés nacional puede haber paliado una derrota, dado exageradas proporciones á insignificantes triunfos, ó hecho otras desfiguraciones por el estilo. Tratándose de documentos que no son de la época á que hacen referencia debe examinarse además, con la mayor escrupulosidad, si su redacción obedeció á un interés particular, y si era posible que en aquella época existiera todavía tradición fidedigna de lo relatado, ó si los documentos están en flagrante contradicción con otros hechos históricos, atesti-

(1) Esto mismo es aplicable muy especialmente á la historia israelita, que ya á causa de su peculiar contenido religioso no puede ser equiparada con la de otros pueblos. El propósito de emplear con toda severidad el método histórico, en oposición á las fantásticas tentativas, al uso, de historia oriental, ha producido en los últimos tiempos, y precisamente en esta rama de la historia, una exposición crítica exagerada, la cual, si consigue á veces valiosos resultados, rebasa también á menudo los verdaderos límites. La *Historia del pueblo de Israel*, de Stade, y la *Historia de la Antigüedad*, tomo I, de E. Meyer (y en parte la *Historia de Israel y Judá*, de J. Wellhausen, pág. 1,102 de sus *Esbozos y preliminares*, publicados en 1884), son los principales representantes de esta tendencia, acerca de la cual hacemos alguna otra observación mas adelante. Siempre que tropiezan estos eruditos con contradicciones en las fuentes suelen, con exagerado radicalismo, prescindir por completo de los datos respectivos, lo que considero un error capital de semejante criterio histórico. Debo, pues, repetir aquí lo ya consignado en la página 132 del primer tomo de mi obra: *Los Semitas*, y es, que tales contradicciones son un mal anejo é inevitable de las fuentes históricas orientales, no coetáneas, de la época mas antigua, á las cuales no por eso se ha de negar toda credibilidad; y si bien no nos es posible, por lo mismo, formarnos concepto exacto en muchos casos, ni distinguir lo verdadero, no es en modo alguno justificado tampoco que lo rechazemos todo de golpe. Espero que mas adelante, ya que no en esta obra, dedicada exclusivamente á la historia babilónico asiria, en la que, por fortuna, las fuentes á nuestra disposición son casi todas coetáneas, podré tratar con mayor extensión esta importante cuestión de principios.

guados por datos coetáneos. Mas ya veremos en el curso de esta historia que tales casos son muy raros y que, por el contrario, la tradición histórica de los mismos babilonios y asirios tiene en general el carácter de verídica.

Para la descripción de la historia babilónico-asiria creemos, pues, lo mas conveniente que sean siempre los monumentos los que en primer lugar hagan su propio relato — si se nos permite la frase — y con toda la extensión posible. Daremos los textos en fiel traducción, indicando al propio tiempo lo que á la sazón pueda ser todavía incierto, y exactas reproducciones de los mas importantes restos de la arquitectura y de la plástica (particularmente las muchas esculturas tan instructivas acerca de la vida familiar). La acertada agrupación de esos textos es aquí la inmediata y principal tarea del historiador. Vienen luego la selección y ordenación de cada uno de los grupos, y donde sea necesario, y sobre todo posible, las referencias á otras fuentes, de cuyo cotejo con las inscripciones cuneiformes se obtienen á menudo los mas preciosos materiales para la crítica de unas y otras. Como puede suponerse, no dejaremos de llamar la atención sobre cuantas contradicciones se presenten en los datos que citemos, y cuando estos tengan marcados visos de inverosimilitud. Pero precisamente en esto hemos de evitar la observancia demasiado estricta de nuestro método crítico mas moderno. De la existencia de relatos contradictorios no hemos de deducir desde luego que el hecho respectivo es antihistórico, pues á veces hasta pueden ser unos y otros verídicos, faltándonos tan solo un eslabon en la cadena, cuyo hallazgo nos explicaria la aparente contradicción. Y aun cuando en realidad los datos se excluyan mutuamente, por iguales motivos no nos es siempre dable decidir á cuál de ellos hemos de otorgar la preferencia, por mas que á menudo parezca lógico que debamos concederla al que mejor corresponda á nuestro criterio sobre el desenvolvimiento histórico. Porque en la historia de la antigüedad no podemos observar un desenvolvimiento constante en línea recta; este desenvolvimiento da frecuentemente singulares saltos y vueltas, y solo en general, echando una ojeada sobre las principales etapas recorridas, se abarca el continuo progreso, que se efectúa segun las leyes históricas. Por eso requiere este punto mucha circunspección, pues una crítica demasiado rígida puede fácilmente conducirnos á tremendos errores y á propias contradicciones, como de ello tenemos mas de un ejemplo saludable en las modernas reconstrucciones de la historia israelita (2).

Ya hemos contestado mas arriba á la objeción de que no habia llegado todavía la hora de emprender una descripción conexa de la historia babilónico-asiria (3). Puede concederse

(2) Recientemente en la *Historia de la Antigüedad* (tomo I, Leipzig, 1884), de E. Meyer, citada ya anteriormente por nosotros. Mas adelante tendremos frecuente ocasion de señalar algunos de esos errores y contradicciones. Deseoso de prevenir toda mala interpretación, declaro desde luego muy formalmente que no hay nada mas lejos de mi ánimo que rebajar en modo alguno el mérito de las obras á que me refiero, y á las que corresponde también la *Historia de Israel*, de Stade, publicada en esta misma colección. En un campo tan nuevo como es la historia del antiguo Oriente, y sobre todo la exposición científica de la de Israel, no solo están justificados, sino que son inevitables, distintos criterios y distintos puntos de vida. Habria tenido que renunciar á escribir la historia babilónico-asiria si no me hubiese sido permitido manifestar libremente mi opinión sobre el método de exponer la israelita. Con tanta sinceridad amo yo «la verdad y solo la verdad», como el autor de la brillante, y en su género excelente, *Historia del pueblo de Israel*. El porvenir, y acaso no el mas inmediato, dirá quién de nosotros tiene razon. Por el pronto, refiero á mis lectores á la obra de E. König: «Principales problemas de la historia de la religión antigua israelita, y los teóricos modernos» (Leipzig, 1884), como también á la mia: *Los Semitas*, tomo I, págs. 118-122, 129-131 y 173.

(3) Si acaso se funda esta objeción — como ya no sucede con tanta frecuencia — en la supuesta inseguridad que existe todavía en la lectura é

que acaso dentro de pocos años nuevas adquisiciones exijan su reforma y corrección, como es de suponer desde luego en una ciencia que ha tenido que desenterrar — en el recto sentido de la palabra — sus fuentes. Mas á pesar de todo, sostenemos, por el contrario, que el momento actual es particularmente favorable para nuestra empresa. Precisamente en estos últimos tiempos, nuevos descubrimientos y hallazgos han traído solución bastante definitiva á muchos puntos en controversia y, por lo mismo, han facilitado en gran manera y, cierto punto, completado, los trabajos preparatorios, indispensables á nuestra tarea; de suerte que ya se puede emprender sin temor una sólida edificación, ó á lo menos pueden levantarse con confianza las paredes. Contamos ya con la solución definitiva de la cuestión de la afinidad de los sumeros; la exacta determinación del dialecto de los himnos y salmos babilónicos antiguos; el esclarecimiento de la oscuridad en que estaba envuelta la dinastía de los Coseos; el hallazgo del original del Cónon de Beroso, como también el de una Crónica neo-babilónica desde Nabonasar hasta Samasum-ukin (Saoduchinos). Muchas otras adquisiciones, que al lado de éstas parecen secundarias, son, sin embargo, de bastante importancia, mas para abreviar no las enumeramos aquí.

Pasemos ahora á tratar de los límites de espacio y tiempo dentro de los cuales ha de desarrollarse nuestra descripción. La historia babilónico-asiria empieza con las mas antiguas inscripciones coetáneas de los reyes de la primitiva Babilonia, y son, por lo que se refiere al Norte, las de los reyes semitas de Agadi (Akkad), como 3800 años antes de J.C., y en cuanto al Sur, las de los primitivos reyes de Sirgulla (1), antes y por los años de 4000 antes de J.C. Tenemos, pues, como punto de partida los principios del quinto milenario precristiano y fines del cuarto, y sobre esto no puede haber duda alguna, ya que ahí comienza la historia testificada por las inscripciones, y de la anterior nada sabemos que no sean meras conjeturas; ni poseemos siquiera una tradición legendaria, como la posterior de los sacerdotes de la ciudad de Babilonia, antes de 2500 años de J.C., que pudiésemos anteponer á manera de introducción. No hay así motivo, afortunadamente, para discutir qué partes de la primitiva historia legendaria deben ser consideradas como verdadera historia ó cuando menos como recuerdos históricos, como sucede, por ejemplo, en la historia israelita.

No está tan fijamente marcado el punto de remate. Pues si bien se ofrece como término mas natural la caída de Babilonia en 538 antes de J.C., y de hecho con este suceso tendrá fin nuestra descripción, pudiera parecer que estaria en su lugar que hiciéramos también, aun cuando en forma de apéndice, la historia de Babilonia bajo los reyes aqueménides y de los comienzos de la dominación de los seléucidas, ya que poseemos abundantes inscripciones cuneiformes de Antíoco, y ya que á las trilingües de Ciro, Darío y Jerjes, ó sea á las llamadas aqueménides, debemos la clave que nos ha servido para descifrar todas las redactadas con estos caracteres. Mas desaparece aquí todo motivo de vacilación ante el hecho de que en la presente serie de descripciones parciales de la historia de la Antigüedad ya ha sido tratada en excelente manera por F. Justi la de la antigua Persia; y por otro lado, á pesar de las indicaciones que acabamos de hacer, no corresponde en realidad con estricto derecho á nuestra tarea aquella historia posterior de Babilonia, porque Babilonia en esta época no tiene verdaderamente historia propia y entra á for-

mar parte de la de otros pueblos, á la cual corresponde la descripción de sus destinos ulteriores. Pero como Justi no ha historiado el método de descifrar las escrituras cuneiformes, que arranca de la columna persa de las mencionadas inscripciones aqueménides trilingües, dedicaremos á ello un capítulo de esta introducción, con lo que no hay ya necesidad de un apéndice sobre la historia de «Babilonia bajo la dominación de los aqueménides.» Finalmente, por lo que atañe á la Babilonia de los seléucidas, corresponde su historia á la del «Asia anterior desde Alejandro Magno hasta el Islam, segun las fuentes orientales,» que acaso tendrá aun cabida en el programa de la colección á que pertenece nuestro presente trabajo.

La época de la historia babilónico-asiria, limitada en la manera expuesta y aproximadamente entre los años 4000 y 538 antes de J.C., se divide lógicamente en tres grandes períodos: 1) el antiguo babilónico, 2) el asirio y 3) el neo-babilónico. Este último abraza naturalmente la época desde la destrucción de Nínive hasta la conquista de Babilonia, de 606 á 538, caracterizado por el papel desempeñado por Babilonia como imperio universal. No es menos evidente que al segundo período, el asirio, corresponde la época desde el primer apogeo de la dominación asiria (si bien no todavía con carácter de universal) bajo el cetro de Teglafalasar I, por los años 1100 antes de J.C., hasta la caída de Nínive. Resta solo considerar si hemos de exponer aisladamente la historia coetánea de Babilonia, que en esa época nada ofrece de notable con referencia á la hegemonía de Asiria, y acaso á manera de prolegómeno histórico del período neo-babilónico y como introducción del libro tercero, ó unirla sincrónicamente á la asiria en el libro segundo. Esto último nos parece lo mas acertado. Pero en este caso es evidente que los comienzos del reino asirio, antes de Teglafalasar I, no pueden venir como introducción del libro segundo, sino juntamente con las partes coetáneas del primero, ó sea la historia babilónica antigua, con tanto mayor motivo cuanto que casi todo lo que sabemos de estos comienzos (aproximadamente 1900-1100) procede de la llamada historia sincrónica de Asiria y Babilonia, y por lo mismo no sería posible una descripción separada.

Esta división, que ya se encuentra aplicada en términos muy parecidos en la preciosa y útil obra de Murdter (2), tiene la gran ventaja de no ser de pura conveniencia material sino que nos presenta las verdaderas épocas históricas en gradual desenvolvimiento. En el período antiguo babilónico, cuyos lindes quedan ya indicados, se desarrolla lo mas principal de la verdadera historia en Babilonia misma; y si bien desde 1900 años de J.C., aproximadamente, comienza á figurar asimismo la Asiria y á afirmar poco á poco su propia existencia nacional, conserva todavía en este período marcado carácter de dependencia babilónica, como que de hecho no fué en su origen sino un retoño de la cultura babilónica. Los asirios por la sangre y el habla no son desde el principio mas que una rama de los semitas de la Babilonia septentrional. Por el contrario, el segundo período, el asirio, no abraza en nuestra división el conjunto de la historia asiria, como, por ejemplo, en la obra de Murdter; aparecerá como que interrumpimos lo que debiera tener conexión inmediata con ella (3), pero estará caracterizado este período por el floreci-

(2) Véase su título en el VI capítulo de esta introducción.

(3) La única desventaja que de ello resulta es que ya en el primer libro se exponen los comienzos de la historia asiria, mientras que solo al empezar el segundo aparecerán los mas importantes datos sobre el país y sus pobladores. Mas este pequeño inconveniente quedará remediado en las primeras páginas del segundo libro, donde echaremos una rápida ojeada retrospectiva sobre la historia asiria anterior á Teglafalasar I, y así lograremos que á lo menos en este punto no haya interrupción.

interpretación de los textos, no puede ser tomada en serio por ningún inteligente que haya estudiado por sí mismo las bases ó puntos de partida del método de descifrar.

(1) Escríbese *Sir-BUR-la*, pero se pronuncia *Sir-gul-la* ó *Sir-bul-la*, y acaso también *Sir-til-la*.